

colección rúbrica



CALETI MARCO



HADA

Juegos del destino

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Antón y Antonino eran gemelos, como dos gotas de agua. Contaban que hasta su propia madre tenía dificultad para diferenciarlos. La historia de su vida quedó marcada por los hechos y las decisiones que en el pasado tomaron sus predecesores, y que como consecuencia determinaron en gran medida el destino de ambos.

Todo empezó en La Habana con don Serapio Olot Ferrer, abuelo de los hermanos Antón y Antonino, delegado en Cuba de un importante empresario catalán que exportaba productos textiles a diferentes países de América Latina. Serapio siempre fue un joven intrépido y locuaz, pero de familia humilde y sin patrimonio, sin apenas formación, sin nada que ofrecer. Sin embargo, era avisado y astuto; se valía de sus propias artimañas para ganarse el favor y la confianza de cualquiera.

Con el tiempo, y avalado por el nombre de su jefe, fue entablando relación con importantes miembros del gobierno de la isla en la época de José Gutiérrez de la Concha Irigoyen, capitán general de la isla de Cuba, cargo que desempeñó por primera vez en 1850 hasta 1859, lo cual le supuso la concesión del título de Marqués de La Habana en 1857.

Serapio no daba puntada sin hilo; con el fin de tender lazos con personalidades pertenecientes a círculos influyentes de la ciudad que pudiesen favorecer su gestión, solía frecuentar encuentros en los cafés y en las mansiones de los colonos procedentes de diferentes partes del mundo. Sabía cómo dar con los hombres poderosos y adinerados, convencido de que sus deseos se lograrían si conseguía acercarse lo

suficiente. Entablaba amistad con ellos, colmándoles de atenciones y prebendas. Se aliaba con sus esposas para lograr su objetivo (en ocasiones, trascendiendo los límites de la moralidad). Estaba seguro de que ellas eran la clave indiscutible para obtener su favor: el de los burlados maridos. Con todo y con eso, llegó a trabar una profunda amistad con algunos de ellos que se prolongó durante muchos años.

Así que don Serapio, gracias a su buena disposición y contactos, tres años más tarde de llegar a Cuba se independizó creando su propio negocio, una empresa de importación y exportación que puso en marcha conjuntamente con potentados terratenientes e inversores residentes en la isla de Cuba; así nació *Cía. Olot Ferrer y Asociados*. Al cabo de un año, la empresa *Olot Ferrer* controlaba el cuarenta por ciento de las exportaciones que partían en dirección a países de su entorno cercano. Con el tiempo diversificaría el negocio importando maquinaria y repuestos industriales que vendía a los criollos propietarios de «ingenios».

A los treinta y cinco años, Serapio contrajo matrimonio con Isabela, una joven descendiente de mexicanos afincados en Cuba, los Monterrey, que pertenecían a la alta sociedad y además eran socios de la empresa impulsada por él. No por eso dejó sus devaneos amorosos con las esposas de sus amigos. No quería descuidar sus logros en el terreno. Isabela vivía sus aventuras con resignación, haciendo como si no lo viese, a cambio de conservar su posición y disfrutar del agasajo del que era objeto como esposa de Serapio; las puertas estaban siempre abiertas para ellos.

En 1890 Isabela y Serapio tuvieron una hija, Chavela, de la que nacerían Antón y Antonino.

Poco antes de la independencia de la isla de Cuba en 1895, los Olot Monterrey decidieron regresar a España; vendieron sus propiedades,

se deshicieron de todos sus bienes y se trasladaron a Barcelona, sin desvincularse de los negocios de ultramar que continuaron llevando a cabo con Cuba, Argentina y Chile. Una vez de vuelta en la Península, entrarían a formar parte del entramado empresarial del sector de alimentación.

Los años transcurridos fuera de España supusieron el enriquecimiento económico y patrimonial de la familia; antes de eso apenas tenían nada. El espíritu aventurero y negociador del abuelo Serapio les hizo ricos.

Fueron años de bonanza que se prolongarían a las siguientes generaciones, siempre que los descendientes potenciasen y diesen continuidad a las iniciativas de partida, e incluso abriesen nuevas vías de crecimiento.

En 1913, Chavela se casó con Albert Figueras, terrateniente balear, e ingeniero mercante de profesión. Se conocieron en Barcelona, donde la familia tenía negocios en el sector alimentario. Al casarse se mudaron a vivir inicialmente a Formentera (isla de la que él era oriundo), y más tarde a Ibiza; desde ahí gestionaba su patrimonio con su esposa Chavela Olot Monterrey al frente, cuya experiencia en el manejo de cuentas y transacciones conjuntamente con su padre en otros negocios, eran garantía más que suficiente de su buena cualificación.

La propiedades de la familia Figueras Olot ocupaban gran parte del territorio de las islas: tierras de cultivo, naves de almacenamiento y venta de productos para abastecimiento de la población. Chavela y su padre, Serapio, mientras él vivió, dieron continuidad al negocio e iniciaron nuevas inversiones en empresas externas del gremio textil y alimentario, cacao y derivados entre otras, en la colonia de Guinea Ecuatorial. Por otra parte, Albert decidió seguir ejerciendo como marino mercante, así que delegó todo en Chavela, es decir, la administración y el control de las propiedades e inversiones de ambos; montaron oficinas de gestión portuaria en Formentera e Ibiza, con

ella como gerente. A la muerte del abuelo Serapio continuaron con los negocios que desde siempre tuvieron en Cataluña a su regreso de Cuba; responsabilidades y bienes que, al ser hija única, Chavela heredó más tarde a la muerte de su madre Isabela.

La intensa involucración de Chavela en tareas empresariales y los viajes por mar de Albert les dejaba poco tiempo para dedicar a los gemelos Antón y Antonino, por lo que desde su primera infancia se educaron a manos de preceptores y doncellas que cubrían la ausencia de sus progenitores. Eran dos muchachitos carentes de disciplina, traviosos y rebeldes, inteligentes y despiertos, con facilidad para el aprendizaje. En ocasiones llegaban a sorprender con sus avances a los mismos profesores responsables de su formación.

Eran tan iguales física y mentalmente que a muchos les costaba identificarlos. Ellos se aprovechaban y jugaban a desconcertar; se intercambiaban permanentemente la identidad, sin piedad para los mortales de su alrededor, o para confundir a sus cuidadores. Se cubrían, cuando uno u otro se ausentaba desoyendo las directrices de sus mayores. A travesuras no les ganaba nadie.

Para sus padres resultaba difícil diferenciarlos; apenas los veían, por lo que a veces erraban cuando asignaban el nombre a cada uno. Se diría que hasta ellos mismos llegaron a no saber quién era quién.

Cuando cumplieron trece años, los padres, aconsejados por sus preceptores, decidieron separarlos por un tiempo. Era necesario por el bien de los muchachos.

—No pueden seguir en esta tónica, hay que hacer algo para que se independicen uno del otro —decía el padre.

Aprovechando el periodo estival, les inscribieron en un internado en Irlanda donde pasarían los dos meses de verano. Estarían en el mismo país, pero en diferente ciudad. El objetivo era darles espacio, e ir acostumbrándoles a prescindir del mimetismo y de la dependencia que les unía.

Chavela y Albert no olvidarían aquella decisión y sus consecuencias, empezando por el momento de la partida de los muchachos. Primero viajaría Antón, acompañado de un tutor que le dejaría en el internado convenientemente instalado, y al día siguiente saldría el otro. Cuando estaban a punto de embarcar en el vapor que le llevaría a Antón a su destino, fue nombrado por el contramaestre que controlaba el embarque.

—Antón Figueras Olot.

Nadie se presentaba. Albert, su padre, le alertó:

—Antón, ¿qué pasa?, te están llamando.

—Yo soy Antonino, papá.

Ante el estupor de los presentes, que no daban crédito a lo que estaba sucediendo, Chavela y Albert avisaron al segundo oficial de la nave con el ruego de que les permitiesen embarcar a Antonino en vez de a Antón. No consintió, así que le pidieron que esperasen; irían a recoger a Antón para el cambio correspondiente. No hubo tiempo y perdieron el pasaje.

De regreso a casa, los padres miraban con pavor al pequeño, que permanecía imperturbable, con una ligera sonrisa de complicidad consigo mismo. Al día siguiente regresaron de nuevo, esta vez con Antonino, convencidos de que era él. Del mismo modo que el día anterior, al ser nombrado para embarcar hubo la misma respuesta.

—Yo soy Antón, papá.

¿Qué hacer?, se preguntaban impotentes ante la picardía de los chicos; estaba claro que sería complicado separarlos aunque solo fuese por un tiempo. Era la manera de mostrarse contrarios y vengarse. Los padres no cedieron en su empeño y optaron por enviarlos juntos, con un tutor; una vez allí ingresarían en sus respectivos colegios en diferente localidad, Antón en Galway y Antonino en Limerick, a unos cien kilómetros aproximadamente uno de otro.

—Qué más da, que se cambien si quieren —dijo la madre—. El caso es poner distancia por el bien de los muchachos.

La experiencia del internado, en la que los padres habían puesto tantas esperanzas resultó desastrosa; nada les impediría volver a su comportamiento habitual, al vicio de cambiarse uno por otro para fastidiar, en esta ocasión a sus padres. Aprovechando un fin de semana en que Chavela y Albert fueron a visitarles, en un descuido se intercambiaron sus ropas. Los padres no lo notaron, seguían sin saber quién era quién.

Todo se descubrió de manera casual, ya que cinco días antes Antonino había sufrido una caída haciendo deporte con el centro escolar, y se había herido en un brazo al tropezar con el tolete de la barcaza en la que navegaban por el río Shannon; la herida no era grave pero sí llamativa. La noche en que regresaron de pasar el fin de semana con los padres, el encargado del dormitorio se acercó a Antonino para interesarse por su recuperación; cual no sería su sorpresa al comprobar que la lesión había desaparecido. La dirección del colegio sabía de las circunstancias peculiares de los gemelos —avisados por los padres de los chicos desde el comienzo—, por lo que se pusieron en contacto con la familia para dar parte y comunicarles la expulsión inmediata de los muchachos.

Por primera vez en su vida, Antón y Antonino regresaban a casa cabizbajos y aparentemente avergonzados. Solo Martina, el ama de llaves, sabía que la actitud de los niños era absolutamente falsa. Se trataba de una pose; les conocía muy bien, no en vano los había criado desde bebés y era consciente de hasta dónde eran capaces de llegar si se lo proponían. Adoraba a los pequeños y ellos a ella; pero no podían engañarla de ninguna manera. Así que, ante los asombrados ojos de sus progenitores, cuando llegaron Martina les castigó a estar separados sin determinar cuántos días. Los gemelos obedecieron sin rechistar.

—¡Os vigilaré! —afirmó—. Sabéis que lo hago.

Martina se había criado en casa de la familia Figueras; era hija de la anterior ama de llaves de los dueños, y del ayuda de cámara del padre de Albert. Era como un miembro más de la familia, de ahí que Albert le hubiese confiado a sus hijos en ausencia de Chavela y de él mismo.

Martina tenía una hija, de una edad similar a la de los gemelos, Simona; nunca se supo la identidad del padre. Con ella los muchachos jugaban desde niños y la respetaban; jamás la dañaron con sus travesuras, al contrario, mantenían con ella una sana complicidad desde siempre.

Cuando Antón y Antonino tuvieron la edad adecuada se fueron a estudiar fuera de la isla. Antón quería ser biólogo marino, y así se formó. Antonino no lo tenía claro, así que optó por las leyes; cuando finalizó sus estudios universitarios de Derecho se incorporó al conglomerado de empresas familiares. Alguien debía tomar el testigo de los negocios, y a él le atraía la idea. Antonino asumió su rol satisfecho.

Ambos jóvenes, ya adultos, habían superado sus dependencias uno de otro, aunque continuaban muy unidos; una línea indivisible les hacía reunirse periódicamente para compartir tiempo juntos. Cuando Antonino se mudó a Buenos Aires por negocios, Antón ya había iniciado su periplo profesional por aguas de los cinco continentes, lo cual contribuyó a asimilar y aceptar de alguna manera la separación entre los dos. Antón llegó a gozar de gran prestigio en su campo; estaba considerado como un hombre sabio en su especialidad y no escatimaba tiempo extra de dedicación si hacía falta; resolutivo en todo momento. Durante algunos años trabajó para una empresa estadounidense radicada en Massachusetts.

Por motivos de trabajo, Antón se ausentaba de casa en Ibiza por largos periodos de tiempo. Aun así decidió contraer matrimonio con un objetivo concreto: perpetuar su apellido. Lo hizo con una muchacha cinco años más joven que él, Marcela Casadevall, hija de una buena familia de la isla, que pertenecía a la nueva burguesía española; se conocieron en uno de sus regresos a casa. Una mujer atractiva y sumisa; decían que nada más verlo se prendó de sus encantos, y él de los de ella. No lo pensaron mucho, cuatro o cinco encuentros fueron suficientes para tomar la decisión de compartir la vida juntos. Marcela aceptó de buen grado el futuro que le aguardaba, pues pasaría parte del tiempo separada de Antón, quizás no pensó que sería tanto.

La cuestión es que el 13 de junio de 1942 contrajeron matrimonio. El primer año de casados apenas se vieron; decían que no fueron más de doce o quince veces.